

TIEMPOS MODERNOS

No tenía mucha esperanza de que alguien se apuntara en BlaBlaCar a ese viaje relámpago que había publicado el jueves por la noche. Quería subir temprano al día siguiente de Madrid a Almazán, para asistir al entierro del padre de un buen amigo.

Pero escasos diez minutos después de subirlo, me llegó un mensaje de la aplicación diciendo que una tal Jacinta se apuntaba. Por el nombre, deduje que muy joven no debería ser. Me picó la curiosidad y entré a ver su perfil.

Jacinta G., 86 años. Y la foto de una mujer mayor en mitad del campo. Me quedé ojiplático y recelé al principio. Imaginé un trayecto complicado, con varias paradas para ir al servicio, lamentos y quejidos varios y una conversación inexistente o forzada. Pero a mi precaria economía le venía bien para poder cubrir los gastos de gasolina y rápidamente acepté su solicitud.

Así que el viernes a las siete de la mañana llegué puntual a la gasolinera en la que nos habíamos citado. A Jacinta le acompañaba la que debía ser su nieta al punto de encuentro. Tras los preceptivos saludos y un rápido intercambio de palabras para comprobar que yo no era ningún psicópata, se despidió de su abuela.

Los primeros diez minutos en el coche fueron un poco incómodos. Un silencio que se podía cortar, hasta que me decidí a poner música en la radio y a romper el hielo. Y ahí Jacinta se soltó y me contó que en verdad no iba a Almazán sino a Maján, su pueblo, un pequeño núcleo de quince habitantes ubicado a escasos treinta kilómetros de Almazán. Pronto serán catorce, añadió, pues Manolo está muy mal el pobre. Ciento dos años gasta, casi nada. Ella parecía añorar tiempos lejanos, cuando eran casi cuatrocientas personas viviendo en el pueblo, en los años cincuenta. Allí llegó a haber una fonda, un hotel y una fábrica de harinas. También me explicó que los que tenían dinero se dedicaron a la industria de la madera, pues el pino de la zona es muy bueno. Y con cierta tristeza añadió que poco a poco la gente se fue marchando. Los jóvenes por falta de oportunidades laborales. Las familias porque el colegio cada vez tenía menos alumnos y pasaron a escolarizar a los niños en Almazán o en Gómara.

Otros se fueron por las dificultades del transporte público o la deficiencia de la sanidad, que paliaban como mejor podían los médicos rurales.

Aunque también me dio algunas razones para la esperanza. Hacía dos años que habían instalado un huerto solar en el pueblo y varias casas rurales por la zona. Con la mejora de las telecomunicaciones, ya había jóvenes que habían rehabilitado casas en pueblos cercanos y que teletrabajaban desde allí, huyendo de la vorágine y el tráfico de las ciudades. Seguían sin un autobús de línea, pero gracias a las aplicaciones para compartir viaje ella podía visitar a su familia de Madrid con relativa frecuencia. Con una sonrisa picarona, añadió que las nuevas tecnologías daban mucho juego.

Eran las nueve y media de la mañana cuando estábamos llegando a Almazán. Le pregunté cómo iba a llegar a Maján y ella me respondió que se tomaría un café para hacer tiempo. Juan, el panadero, un antiguo vecino que recorre la zona con la furgoneta, la recogería a las once horas y la llevaría allí. Yo tenía tiempo de sobra hasta las doce, así es que me ofrecí a hacer el trayecto hasta su pueblo. Ella me lo agradeció con una enternecedora sonrisa, mientras mandaba un mensaje con su móvil a Juan para que no esperara en balde.

Tras atravesar una sinuosa carretera, llegamos a Maján. Jacinta se ofreció a preparar un café rápido y me presentó a Matilde, su hermana, con la que convivía desde que ambas enviudaron. Me costó concentrarme en la conversación, pues estaba embriagado por el olor a matanza típico de una casa de pueblo. Las dos hermanas eran igual de dicharacheras. “Por cierto, joven, ¿no usarás tú también esta otra aplicación?. Me han dado tres “laiks” y no sé bien cómo se responde”.

Me enseñó su móvil y, ojiplático, pude ver en Tinder el siguiente perfil: Matilde G., 84 años. Y la foto de una mujer bailando.